

De alzas y caídas: notas en torno al ciclo económico en la segunda mitad del siglo XIX

Fluctuations and Declines: Notes on the Economic Cycle during the Late Nineteenth Century

Joaquín Perren

joaquinperren@gmail.com

Universidad Nacional del Comahue, CONICET, Argentina

De alzas y caídas. Notas en torno al ciclo económico en la segunda mitad del siglo XIX

Resumen

El texto examina las oscilaciones del capitalismo durante la segunda mitad del siglo XIX, período comprendido entre 1848 y 1896, caracterizado por un crecimiento sostenido interrumpido por crisis profundas. La expansión de la economía mundial se apoyó en la revolución de los transportes, la innovación tecnológica y la disponibilidad de crédito, configurando una "era del capital" dominada por la liberalización y la integración de los mercados. Sin embargo, la sobreproducción, la especulación financiera y la competencia entre potencias industriales desembocaron en la crisis de 1873, que dio inicio a una prolongada depresión.

El análisis combina tres enfoques teóricos -monetario, productivo y tecnológico- para explicar las fases de auge y contracción. La posterior reacción de los Estados centrales se expresó en políticas proteccionistas y en una expansión imperialista que garantizó nuevos mercados, recursos y rentabilidad. Este viraje marcó el tránsito hacia la "era del imperio", preludio de los conflictos del siglo XX.

El texto concluye que las crisis no constituyen anomalías dentro del capitalismo, sino mecanismos inherentes a su funcionamiento. Las fluctuaciones del siglo XIX anticiparon patrones que persisten hasta el presente, evidenciando la capacidad del sistema para reconfigurarse frente a sus propias contradicciones estructurales.

Palabras clave: ciclo económico; capitalismo industrial; crisis de 1873; largo siglo XIX

Abstract

The text examines the cyclical nature of capitalism during the second half of the nineteenth century (1848–1896), a period marked by sustained growth punctuated by deep crises. The global economy expanded through the revolution in transport, technological innovation, and abundant credit, shaping what became known as the "Age of Capital," dominated by liberalism and global market integration. Yet overproduction, financial speculation, and fierce industrial competition culminated in the 1873 crash, which triggered a prolonged depression.

The analysis combines three theoretical perspectives-monetary, productive, and technological-to explain alternating phases of boom and contraction. The subsequent reaction of core states took the form of protectionist policies and imperial expansion, securing new markets, resources, and profitability. This shift signaled the transition toward the "Age of Empire," the prelude to the geopolitical conflicts of the twentieth century.

The text concludes that crises are not anomalies within capitalism but inherent mechanisms of its operation. The fluctuations of the nineteenth century anticipated patterns that still persist, revealing the system's capacity to adapt and regenerate through contradiction. The study highlights how the historical logic of expansion and crisis remains central to understanding the dynamics of the global capitalist economy today.

Keywords: economic cycle; industrial capitalism; 1873 crisis; long nineteenth century

De alzas y caídas. Notas en torno al ciclo económico en la segunda mitad del siglo XIX¹

“La historia del capitalismo es la historia de su expansión y crisis recurrentes, donde cada solución a una crisis prepara el terreno para la siguiente” Arrighi (1994)

1. Introducción

De la mano de las transformaciones que trajo consigo la revolución de los transportes y la segunda revolución industrial, el ritmo de crecimiento de la economía mundial fue en ascenso. Si usáramos las mejores estimaciones con las que contamos, veríamos que, entre 1848 y 1896, la tasa de incremento fue del orden del 2% anual, guarismo que puede parecer poco impresionante si no aclaramos que fue cuatro veces superior al registrado en el siglo XVIII (Maddison, 2007). Pero, como suele ocurrir en estos casos, los promedios, aunque nos brindan una imagen panorámica, ocultan mucho más de lo que efectivamente nos muestran. Detrás de ese número-síntesis vemos diferencias sustantivas al interior del club de los industriales: Estados Unidos y Alemania, locomotoras de una economía que tendía a globalizarse, crecieron mucho más que Francia, con su persistente impronta rural, o la misma Gran Bretaña, bastante menos dinámica que aquel paíscuyo sector secundario había despegado en la década de 1780 (Perren, Tedeschi Cano y Casullo, 2014).

La velocidad de crecimiento tampoco fue uniforme en términos temporales, sino que exhibió fluctuaciones a lo largo del tiempo. Dibujó la forma de una senoide con momentos expansivos y otros claramente contractivos. Estos picos y valles poco tenían que ver con las oscilaciones de corto plazo de la economía feudal que dependían de la producción agrícola: una mala cosecha podía sellar la suerte de una comunidad local. Mientras tanto, en la larga duración, las altas y bajas se modulaban a partir del delicado equilibrio entre población y recursos: el motor extensivo del modo de producción llevaba a ocupar tierras marginales, en esencia menos fértiles, que provocaban una caída generalizada de la productividad agraria y que los alimentos no resultaran accesibles para el grueso de la sociedad. Sobrevenían, entonces, tiempos de guerras, hambrunas y epidemias, todos elementos característicos de las crisis de los siglos XIV y XVII (Perren, 2011). Poco de esta lógica quedó en pie en el siglo XIX. Su lugar fue ocupado por un nuevo tipo de fluctuaciones, menos asociadas al desarrollo del sector primario y mucho más vinculadas a los humores de la industria.

Estos vaivenes serán el objeto de nuestras reflexiones en las próximas páginas. De ahí la importancia de definir algunos interrogantes cuya respuesta intentaremos dar a lo

¹ El presente texto fue elaborado en el marco de la cátedra de “Historia Económica y Social General”, dictada en la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue.

largo de este breve texto: ¿Cómo podemos explicar las recurrentes crisis que sacudieron al modo de producción capitalista a lo largo de la historia? ¿De qué forma podemos aplicar estas ideas al estudio de la segunda mitad del siglo XIX? y, finalmente, ¿Qué salidas visualizamos para esos momentos en los que la economía industrial pone freno de mano?

2. Crecimiento, crisis y depresión: algunas pistas teóricas para comprender el ciclo económico en las sociedades capitalistas

Comencemos con la primera de las preguntas planteadas, aquella que apunta a desentrañar los factores que nos ayudan a entender las diferencias en la velocidad de crecimiento de las economías. En principio, y sin ánimos de exhaustividad, podríamos decir que existen tres formas de aproximarnos a aquella problemática, cada una de las cuales pone el acento en algún aspecto en particular y que separaremos solo con fines expositivos, a saber: 1) las explicaciones de orden monetario y financiero; 2) aquellas que posan su mirada en elementos de la economía real; y 3) las que se detienen en la dinámica que asume la innovación tecnológica.

Las interpretaciones de corte monetario parten de un razonamiento que ofrece poco lugar a la crítica: la abundancia de moneda amplía el crédito lo que, a su vez, estimula el consumo y la inversión. Cuando esto sucede, se produce una expansión económica cuya manifestación más clara es un alza sistemática de los precios. Crecimiento e inflación, desde esta perspectiva, son variables fuertemente correlacionadas. Cuando las fuentes de financiamiento tienden a agotarse o a crecer a menor velocidad que la economía en su conjunto, sucede exactamente lo contrario: la economía ingresa en un cono de sombras cuya expresión más cristalina es la deflación. Las palabras de Milton Friedman y Anna Schwartz (1963), economistas que cimentaron su carrera en el estudio de la relación entre moneda y crecimiento, son elocuentes al respecto:

"El crecimiento económico sostenido requiere una oferta monetaria en expansión que acompañe el aumento de la producción y el comercio. Cuando la liquidez es insuficiente, la actividad económica se ralentiza; cuando es excesiva, el riesgo de inflación y desajustes financieros se incrementa. La historia económica demuestra que los períodos de crecimiento sostenido han estado generalmente asociados a una adecuada expansión del crédito y de la base monetaria."(Friedman y 1963: 676).

Un segundo tipo de explicaciones ponen énfasis en las relaciones existentes entre producción y consumo, destacando entre ellas las miradas de signo marxista. En el momento de auge del ciclo económico la demanda va por delante de la oferta. Cuando la última supera la primera tiende a aplanarse la ganancia y la velocidad de crecimiento se reduce significativamente, precipitando una crisis que inicia una fase contractiva. Siguiendo esta lógica, el menor ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas se debe a un fenómeno de sobreproducción o, viéndolo desde el ángulo inverso, de subconsumo. Dejemos por un momento al propio Carlos Marx hablar sobre la interfaz entre oferta y demanda en las sociedades capitalistas:

"Por último, cuanto más aumenta el capital productivo, tanto más obligado se ve a producir para un mercado cuyas necesidades no conoce, tanto más precede la producción al consumo, tanto más tiende la oferta a aumentar la demanda y, por consiguiente, las crisis son cada vez más intensas y frecuentes." (Marx, 1848)

Detengamos nuestro análisis en la tercera manera de explicar los cambios de ritmo dentro de las economías industriales, aquella que presta atención a la dinámica que asume la innovación tecnológica. La referencia ineludible dentro de esta familia de pensamiento es Joseph Schumpeter, quien en las décadas de 1930 y 1940 -al calor de la peor crisis en la historia del capitalismo- dedicó todas sus energías a entender las causas de los cracs económicos. Desde la mirada del economista austriaco, la fase expansiva comienza con una innovación radical que genera un efecto de arrastre al conjunto de la economía: la renta del innovador (o del primero en llegar) atrae capitales al nuevo sector y, por esa razón, el crédito se dirige a un área que promete grandes ganancias. La consecuencia esperable de esta secuencia es la saturación del mercado que elimina la ganancia y desencadena una contracción económica, situación de la cual solo puede salirse con el desarrollo de una nueva innovación que permita a la economía retomar la senda del crecimiento. Esto último no se da de un modo planificado, sino a partir de los efectos de lo que llama "destrucción creativa". O, lo que es igual, mediante un proceso a partir del cual la innovación genera crecimiento, pero que, a la vez, destruye estructuras productivas y modelos de negocio anteriores. Como vemos, la mirada schumpeteriana tiene al empresario como actor dinámico de la economía y vector clave en el ciclo económico. La siguiente cita contiene todos los ingredientes propuestos por el autor para comprender la dinámica dentro del capitalismo:

"El capitalismo, en su esencia, es un proceso de transformación económica continua que nunca se detiene. La fuerza fundamental que impulsa y mantiene en movimiento la maquinaria capitalista proviene de la introducción de nuevos bienes de consumo, nuevos métodos de producción o transporte, la apertura de nuevos mercados y la reorganización de la industria. Este proceso de mutación industrial revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo continuamente la antigua y creando una nueva. Este proceso de 'destrucción creativa' es el hecho esencial del capitalismo." (Schumpeter, 1942: 83)

Estos tres tipos de explicación, lejos de ser excluyentes, tienen innumerables vasos comunicantes. Después de todo, los mecanismos crediticios son las herramientas que permiten a los capitalistas invertir y operar sobre la oferta, pero también son fundamentales a la hora de empujar hacia arriba la demanda. Del mismo modo, la capacidad innovadora de los empresarios no solo depende de la posibilidad de acceder a fondos frescos que le permitan inmovilizar capital, sino de un modelo productivo que asegure un consumo estable y expansivo. Si esto no sucede, y más allá de los desarrollos tecnológicos disponibles, los nuevos productos no tendrán suficientes clientes con capacidad de compra para adquirirlos. Como todo en historia económica -y en cualquier análisis social, claro está- se trata de encontrar el peso relativo de cada uno de los factores al interior de una explicación que será todo menos superficial.

3. De la teoría a la realidad histórica: el periodo 1848-1896 como ciclo económico de larga duración

Con una idea clara de los distintos enfoques que pusieron su foco en la explicación de la dinámica de las economías industriales, veamos cómo algunas de estas ideas nos ayudan a entender lo sucedido en el periodo comprendido entre 1848 y 1896. En principio, y apalancados en los aportes de Nicolai Kondratieff (1926), podríamos pensar a este ciclo de cincuenta como una onda larga, con una fase expansiva que cubre con su manto el tercer cuarto del siglo XIX y una contractiva que ocupa el tramo final de la

centuria. Entre ambos momentos se distingue una profunda crisis, quizás la primera del capitalismo industrial, que actuó como parteaguas y redefinió el rol del estado en la economía de los países centrales.

La evidencia histórica es abundante para corroborar la hipótesis de la expansión de la economía mundial entre 1848 y 1873. En términos financieros, advertimos un notable aumento de la oferta monetaria de la mano del descubrimiento de enormes reservorios auríferos localizados en regiones de frontera de una economía que comenzaba a globalizarse. Algunos datos son suficientes para cobrar dimensión del impacto de la fiebre del oro de mediados del siglo XIX: entre 1848 y 1852, el estado norteamericano de California multiplicó por dieciséis la cantidad de oro extraído (Paul, 1947); mientras que la provincia australiana de Victoria produjo solo en 1856 alrededor de cien mil kilogramos de metales preciosos (Flett, 1979). Y este aumento sustantivo de las reservas mundiales de oro no podía dejar de afectar a la economía real: la enorme liquidez internacional fue el combustible que echo a rodar el crédito y actuó como una suerte de anabólico para el crecimiento económico. La inflación fue la consecuencia obvia de la abundancia de un bien que, hasta allí, había sido relativamente escaso: entre 1850 y 1855, los precios mayoristas a nivel mundial registraron un alza de alrededor del 30% (Whaples, 2008).

La disponibilidad de créditos, como es de imaginar, facilitó la transferencia tecnológica en el tercer cuarto del siglo XIX. No es casual que, por aquellos años, haya arrancado la segunda revolución industrial, relanzando el paradigma tecnológico del take off británico, esa triada compuesta por hierro, carbón y vapor, pero también configurando un nuevo paradigma que solo fructificaría a finales de la centuria (petróleo, electricidad e industria química). Los grandes desembolsos de capital fueron facilitados por la abundancia de préstamos baratos y, resultado de ello, observamos del lado de la oferta una fabulosa ganancia de productividad. Productos antes caros y artesanales -por caso, el acero- vieron multiplicar su producción y desplomar sus precios (Barbero y otros, 2007). En el mismo sentido, la liquidez fue uno de los mayores lubricantes de esa revolución de los transportes que puso al orbe bajo el signo del capitalismo: de la mano de los ferrocarriles y de barcos de acero de mayor calado se abrieron nuevos mercados que, para cualquier ciudadano de la década de 1850, parecían ser prácticamente ilimitados (Quintar, Perren y Casullo, 2008).

La abundancia de medios financieros, en compañía de un incremento exponencial de la oferta de bienes y de una innovación permanente, viabilizaron aquello que Eric Hobsbawm (1998) llamó la "era del capital". Nunca en la historia, los factores productivos habían tenido tanta libertad de movimiento: los capitales excedentes se dirigieron a la periferia con el propósito de reforzar su perfil agro-minero exportador y la población europea, en el primer tramo de la transición demográfica, se trasladó a los escenarios más dinámicos desde el punto de vista económico. Fueron años de hegemonía liberal a nivel planetario. Luego de décadas de experimentaciones, algunas de ellas fallidas, las ideas de Adam Smith y David Ricardo encontraron terreno fértil donde germinar: en caso de Gran Bretaña se eliminaron las leyes de granos que, por medio de aranceles a las importaciones, aumentaban artificialmente los costos de alimentación de las clases populares. El partido Whig se impuso al Tory, que durante décadas había defendido los intereses de los terratenientes, en especial su derecho a percibir rentas que limitaban la acumulación de capital. Esa oleada librecambista, nacida de las entrañas de la primera nación industrial, se difundió como reguero de pólvora entre los países europeos e inclusive fue la ideología fundante en los procesos de organización nacional en las

antiguas posesiones españolas en América, desde Bartolomé Mitre en Argentina hasta Benito Juárez en México.

Pero este crecimiento sentó las bases para una futura crisis. Claro que eso no era fácil de distinguir para los actores económicos que estaban transitando una era de prosperidad inédita en la historia. Lo que sí era evidente es que la competencia se había incrementado (y mucho) en las décadas centrales del siglo XIX: se habían sumado nuevos integrantes al club de los industriales y las grandes empresas, aquellas que habían absorbido el exceso de liquidez, tenían una capacidad aumentar la producción de un modo agresivo. Los mercados, aunque ensanchados por obra y gracia de la revolución de los transportes, no crecieron en la década de 1860 al mismo ritmo de la producción. La guerra de precios se volvió una realidad y el riesgo empresarial se apoderó de la escena mundial. Solo restaba un balance contable negativo de alguna compañía relevante, que una firma no pudiera materializar su promesa de ganancia, para que se produjera un efecto dominó en el conjunto de la economía global.

Eso fue lo que efectivamente sucedió en la bolsa de Viena en mayo de 1873. En los meses anteriores se fueron sumando condiciones que llevaron a una tormenta perfecta: alrededor de las acciones de las empresas ferroviarias se conformó una burbuja y solo bastó un rumor para que se generara un "efecto-manada" que arrastró a otros activos financieros y se volvió finalmente una corrida. En efecto, tras el colapso bursátil, muchos inversores trataron de retirar su dinero de las sociedades de crédito, lo que llevó a quiebras bancarias. Y lo que nació en Austria -una economía secundaria en el concierto internacional- terminó contagiando a países de enorme peso específico y que habían tenido un notable crecimiento en las décadas de 1850 y 1860, entre ellos Alemania, Francia y Reino Unido. Pero fue en Estados Unidos donde la crisis tuvo un impacto tan inmediato como profundo: la quiebra de Jay Cooke & Company, banco que había financiado el ferrocarril del norte del Pacífico, desencadenó un derrumbe en Wall Street (Kindleberger, 1989).

Luego del cimbronazo, la economía mundial, al decir de Eric Hobsbawm, cambio de ritmo. No desapareció el crecimiento económico, pero sí redujo drásticamente su velocidad. Basta con echar un vistazo a la tabla 1 para dar cuenta del impacto que la crisis de 1873 tuvo en los países más avanzado en lo que a industria se refiere. Durante el tercer cuarto del siglo XIX, Gran Bretaña crecía a una tasa del 2,5% anual, alejada de lo que había sido en pleno despegue, pero a un ritmo que seguía siendo respetable. El último cuarto de la centuria fue lisa y llanamente catastrófico: la primera nación industrial exhibió en ese periodo un humilde 1,5% anual. Más impresionante es el caso de Estados Unidos: en los años de la larga depresión, redujo más de dos puntos de tasa de crecimiento, pasando de un formidable 5% a un 3% anual. Un camino intermedio parece haber seguido Alemania: su base fue más alta que la británica, pero inferior a la del país del norte. Su crecimiento se deslizó de un 3,5% anual entre 1848 y 1873 a un 2,5% en el último tramo del siglo XIX. En Francia, con modelo de industrialización sin revolución industrial, vemos una afectación mucho menos intensa: a posteriori de la crisis, su desempeño en materia de crecimiento de su PIB apenas bajó unas décimas. Más allá de los matices, las potencias ingresaron en una fase en el que paisaje económico tenía una apariencia un gris recesivo.

Tabla 1: "Crecimiento del PIB en economías centrales (1850-1900)"

Período	Reino Unido (%)	Estados Unidos (%)	Alemania (%)	Francia (%)
1850-1873	2.5	5.0	3.5	1.7
1873-1896	1.5	3.0	2.5	1.3
1896-1900	2.0	4.5	3.0	1.5

Fuente: Broadberry, S. & O'Rourke, K. (2010)

Este rebaje no fue obstáculo para que en el último cuarto del siglo XIX se cuadruplicara la producción de arrabio y se multiplicara por siete la producción de acero (Hogan, 1871). La revolución de los transportes reforzó la incorporación de una periferia cuyas economías estaban en vías de primarizarse. El caso de Argentina puede brindarnos luz al respecto: entre 1870 y 1890 logró aumentar veinte veces sus exportaciones de trigo y maíz (Gerchunoff y Llach, 1998). Otros países dejaron atrás su impronta rural y avanzaron raudos en el camino de la industrialización. Entre los descolgados, usando la irónica metáfora elaborada por Tortella, podemos mencionar a Suiza, Suecia, Japón y Rusia, todos países que -en base a una especialización, una importante dotación de recursos naturales y un conjunto de políticas industriales- fortalecieron su sector secundario en la última parte del siglo XIX (Perren, Tedeschi Cano y Casullo, 2014). El examen de esta evidencia nos permite inferir que, más que retracción, lo que observamos luego de 1873 es una época de malestar en los negocios. La crisis no puso en riesgo la producción, pero sí la rentabilidad: la ganancia a partir de allí se volvió una especie en extinción.

4. Tiempos de salidas: el estado blindando la rentabilidad empresarial

La crisis de 1873 y la larga depresión que dejó a su paso pusieron punto final a la era del libre cambio. Con ganancias por el piso, los estados de los países centrales blindaron la ganancia de sus burguesías industriales aplicando políticas proteccionistas. Se alzaron por entonces barreras arancelarias a lo largo y a lo ancho de la economía mundial. Alemania, retomando algunos de los consejos elaborados por Federico List (1841), fue quien llevó la delantera en este aspecto. A pocos años de la unificación política germana, Otto von Bismark impuso trabas comerciales que terminaron beneficiando a los sectores líderes de la segunda revolución industrial, especialmente la siderurgia, pero también a su poderosa clase terrateniente, los llamados junkers, amenazada por la competencia rusa y norteamericana. Tomando distancia de la política aperturista defendida por la unión aduanera de 1834, primer paso en la consolidación del mercado interno alemán, la reforma de 1879 -al menos- duplicó los aranceles a la producción de cereales, textiles y maquinarias, triplicó los correspondientes a las harinas y carnes, y quintuplicó aquellos que afectaban al hierro y el acero (Tabla 2).

Tabla 2: "Evolución de los Aranceles en Alemania: Antes y Después de la Reforma de 1879"

Producto	Arancel antes de 1879 (%)	Arancel después de 1879 (%)	Cambio (%)
Cereales	0-5%	10-15%	+100% a +200%
Harina	0-5%	15-20%	+200% a +300%
Carne	0-5%	15-20%	+200% a +300%
Hierro y acero	2-4%	12-15%	+300% a +500%
Textiles	3-5%	10%	+100% a +233%
Maquinaria y manufacturas	0-5%	5-10%	+100% a +200%

Fuente: elaboración propia en base a Ashley (1970)

El ejemplo alemán se replicó, aunque con cierto retraso, en Francia, su histórica rival económica y adversaria política. La inercia de las políticas librecambistas impuestas por Napoleón III en 1860 resistió el paso del tiempo y fue recién en 1892 cuando fue sancionada la ley Méline que produjo un giro proteccionista. Pero a diferencia de Alemania, las políticas arancelarias afectaron mayormente a la agricultura, decisión acaso lógica por su preponderancia durante todo el siglo XIX, y -en menor medida- a un sector secundario que mostraba menor desarrollo relativo que otros países centrales. El caso estadounidense es bien particular: la postcrisis no supuso un cambio de la dirección de su economía, sino un reforzamiento de una postura mercado-internista que le había permitido industrializarse a partir de la década de 1820. De hecho, el Arancel McKinley, aprobado en 1890, aumentó un 50% los aranceles sobre productos manufacturados y agrícolas, protegiendo a la industria estadounidense de la competencia extranjera (Irwin, 2017).

El frío de la economía contrastaba con el calor de la guerra de aranceles. Pero como en todo proceso histórico, podemos distinguir algunas excepciones al interior de esta tendencia general. Es el caso de economías que debido al tamaño de su mercado interno reforzaron en el periodo su orientación exportadora. Dos ejemplos son cristalinos en este sentido: Suecia se abrió al comercio exterior en la década de 1890, cuando su industria maderera ganó musculo; mientras que Dinamarca se especializó en la producción cárnica y láctea para el mercado internacional. Pero fue en Gran Bretaña donde observamos una mayor pregnancia de las políticas librecambistas. En parte por la necesidad de mantener los costos de alimentación de las clases populares a raya y en parte por la necesidad de contar con los dividendos de las filiales de sus empresas, se mantuvo inmune a la epidemia proteccionista de finales del siglo XIX.

Lo que vemos con claridad durante la gran depresión es una creciente convergencia entre política y economía. Las instituciones públicas no cegaron sus esfuerzos para cuidar la producción nacional, relanzando una alicaída tasa de beneficio, pero también defendiendo el empleo en los países centrales. Si esta voluntad interventora tuvo al proteccionismo como manifestación "hacia dentro", el imperialismo fue su expresión "hacia fuera". Entre 1875 y 1914, el mundo extraeuropeo se sometió al gobierno formal e informal de un puñado de potencias industriales. La periferia, esa que pacientemente se había sumado a la economía internacional desde el siglo XVII, hizo las veces de botín en una carrera colonial cuyos escenarios dilectos fueron África y el área del Pacífico. Las palabras de Hobson, un agudo observador contemporáneo, nos brindan un panorama general sobre un fenómeno que multiplico las tensiones a nivel mundial:

"La lucha por nuevos territorios, justificada con el pretexto de la necesidad nacional, se ha convertido en una carrera febril, donde cada potencia, temiendo quedar rezagada, arrebatara cualquier tierra desocupada, no por necesidad económica, sino para evitar que sus rivales la tomen primero. La expansión colonial ya no es solo una cuestión de

recursos o mercados, sino un juego de prestigio y dominio, donde cada bandera izada sobre una nueva posesión es vista como una victoria en la competencia entre imperios" (Hobson, 1902: 295)

Este reparto del mundo, excepción hecha de América, nos avisa de un fenómeno completamente nuevo (Quintar, Perren y Casullo, 2008). Puede que algunos números nos ayuden a comprender la repentina aceleración de la expansión colonial (ver Anexo). En las tres últimas décadas del siglo XIX, un cuarto de la superficie del planeta fue distribuida entre una decena de países. Gran Bretaña llevó la delantera con la incorporación de 10 millones de kilómetros cuadrados a su imperio global. Muy cerca en el ranking se encontraba Francia, que sumó a sus territorios 9 millones de kilómetros cuadrados. Bastante más atrás, con 2,5 millones, se ubicaba un país de industrialización tardía como Alemania. En la misma línea, se hallaban Bélgica, con su avance sobre el corazón africano, y Holanda, con su rentable colonia en las Indias Orientales (actualmente Indonesia). Las economías de mayor crecimiento en las últimas décadas del siglo XIX, Estados Unidos y Japón, hicieron anexiones mucho más modestas. El primero sólo administró directamente áreas que juzgaba estratégicas en su economía (sobre todo, el área del canal de Panamá), mientras que el segundo creció a expensas de sus vecinos inmediatos (Corea, Taiwán y Rusia). Los países escandinavos, por último, se retiraron del mercado colonial: Suecia cedió a los Estados Unidos su única posesión caribeña y Dinamarca conservó sus históricos territorios insulares (Islandia y Groenlandia).

Estas dependencias ultramarinas, además de estimular el chauvinismo, tuvieron una innegable importancia económica. En ellas podrían ubicarse los stocks de mercancías que la sobreproducción de las décadas precedentes había acumulado en los almacenes. Las colonias constituían mercados cautivos en los que los restantes países centrales no podían introducir sus mercancías, pero al mismo tiempo suministraban materias primas para sus remozadas maquinarias industriales y alimentos para su creciente población urbana. Parece más adecuado, entonces, considerar que la carrera colonial fue resultado de una búsqueda de consumidores en el marco de una economía mundial crecientemente competitiva. Como reza una frase atribuida a Cecil Rhodes, magnate asociado a la expansión británica sobre Sudáfrica, el imperialismo era "una cuestión de estómago" porque "si no nos hacemos con nuevos mercados, nuestra industria morirá". El cambio no podía ser más profundo y representa el inicio de una nueva época: la "era del capital", esa que había irradiado su influencia en el tercer cuarto del siglo XIX, cedía paso a la "era del imperio", una fase en la que las fricciones entre naciones aumentaron y se generó el caldo de cultivo para la primera guerra mundial (Hobsbawm, 1987).

5. Conclusiones

El análisis del ciclo económico en la segunda mitad del siglo XIX revela que el capitalismo, lejos de avanzar de manera estable y predecible, se distingue por sus constantes fluctuaciones. Entre 1848 y 1896, la economía mundial experimentó un crecimiento sostenido, impulsado por la revolución de los transportes y la segunda revolución industrial, pero este proceso no estuvo exento de expansiones aceleradas y momentos de estancamiento. La teoría económica nos indica que estas oscilaciones no son anomalías, sino expresiones de su propio funcionamiento. La crisis de 1873 fue una manifestación paradigmática de esta dinámica. La larga depresión que aquella desató obligó a los estados centrales a intervenir en la economía, impulsando la rentabilidad

empresarial a través del proteccionismo y el imperialismo como formas de disipar un cielo repleto de nubarrones.

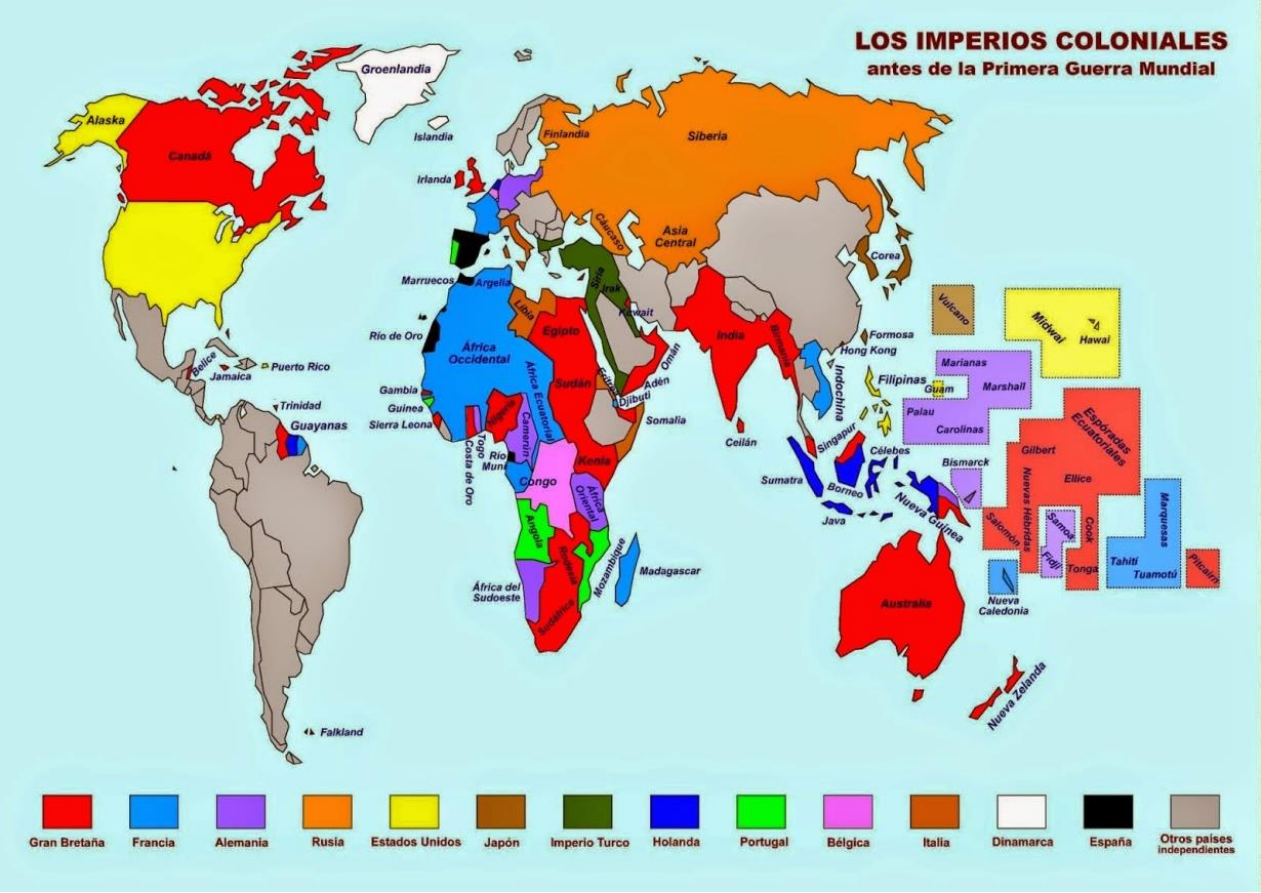
Más de un siglo después, los ciclos económicos siguen marcando el desarrollo del capitalismo global con una estructura similar. La crisis financiera de 2008, aunque originada en un contexto diferente, mostró nuevamente el impacto de la especulación y la sobreacumulación de capital, evidenciando que los mecanismos que explicaban las crisis del siglo XIX siguen operando en el presente. Como en el pasado, los estados intervinieron para sostener el sistema, recurriendo a rescates financieros, políticas monetarias expansivas y nuevas formas de proteccionismo. La expansión imperialista del siglo XIX, basada en la conquista territorial y la explotación de recursos, encuentra hoy su reflejo en la disputa por mercados, el control de las cadenas globales de valor y las guerras comerciales entre grandes potencias. Si algo nos enseña la historia económica, es que las crisis no significan el fin del capitalismo, sino su capacidad de transformarse, aunque a menudo a costa de mayor desigualdad y conflictividad. En este sentido, las herramientas teóricas y los casos históricos analizados en este trabajo no solo nos ayudan a entender el pasado, sino también a interpretar las dinámicas actuales de un sistema que sigue enfrentando las mismas contradicciones fundamentales.

Bibliografía

- ARRIGHI, G. (1994). El largo siglo XX: Dinero, poder y los orígenes de nuestro tiempo. Akal.
- ASHLEY, P. (1970). Modern tariff history: Germany, United States, France. Howard Fertig.
- BARBERO, M. I., SABORIDO, J., BERENBLUM, R., LÓPEZ NADAL, G., & OJEDA, G. (2007). Historia económica mundial: del Paleolítico a Internet. Emecé.
- BROADBERRY, S. & O'ROURKE, K. (2010). The Cambridge Economic History of Modern Europe. Cambridge University Press.
- FLETT, J. (1979). The History of Gold Discovery in Victoria. Hawthorn Press.
- FRIEDMAN, M., & SCHWARTZ, A. J. (1963). A Monetary History of the United States, 1867-1960. Princeton University Press.
- GERCHUNOFF, P., & LLACH, L. (1998). El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas. Ariel Sociedad Económica.
- HOBSEBAWM, E. J. (1998). La era del capital: 1848-1875. Barcelona: Crítica.
- HOBSEBAWM, E. J. (1987). La era del imperio, 1875-1914. Crítica.
- IRWIN, D. A. (2017). Clashing over commerce: A history of US trade policy. University of Chicago Press.
- KONDRATIEFF, N. D. (1926). The long waves in economic life. Review of Economic Statistics, 17(6), 105-115. <https://doi.org/10.2307/1928486>
- LIST, F. (1841). Sistema Nacional de Economía Política. (Trad. de J. A. de la Torre). Editorial Nacional.
- MADDISON, A. (2007). Contours of the World Economy, 1–2030 AD: Essays in Macro-Economic History. Oxford University Press.
- MARX, K. (1848). Discurso sobre el libre cambio. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/009.htm> Rolando Astarita [Blog]+2marxists.org+2marxists.org+2
- PAUL, R. W. (1947). California Gold: The Beginning of Mining in the Far West. Harvard University Press.
- PERREN, J. (2011). El nacimiento de Próspero: Una aproximación a la transición del feudalismo al capitalismo (1000-1700). Neuquén: EDUCO.
- PERREN, J., CASULLO, F., & TEDESCHI CANO, G. (2014). De pioneros, seguidores y descolgados: Crecimiento e industria en el siglo XIX. Neuquén: Editorial de la Universidad Nacional del Comahue.
- QUINTAR, J., PERREN, J., & CASULLO, F. (2008). ¡Y el mundo será mío!!! Notas sobre el fenómeno imperialista. En J. Quintar (Comp.), Tras las huellas de Próspero. Industria y pensamiento económico en el siglo XIX (pp. XX-XX). EDUCO.
- SCHUMPETER, J. A. (1942). Capitalism, Socialism and Democracy (p. 83). Harper & Brothers.
- TORTELLA, G. (2005). Los orígenes del siglo XXI. Un ensayo de historia social y económica contemporánea. Gadir.
- WHAPLES, R. (2008). California Gold Rush. En R. Whaples (Ed.), EH.Net Encyclopedia. Recuperado el [fecha de acceso], de <https://eh.net/encyclopedia/california-gold-rush/>

Anexo:

Mapa 1: “Los imperios coloniales hacia 1914”



Fuente: geotaca: Mapa del Imperialismo.